

LAS
*(des)*VENTAJAS
DE SER
virgen

CAMERON LUND

LAS
*(des)*VENTAJAS
DE SER
virgen

CAMERON LUND

Traducción de Ángela Esteller García



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Best Laid Plans*

© 2021, Cameron Lund, del texto

© 2021, de la traducción, Ángela Esteller García

ISBN: 978-84-17761-67-7

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 18.714-2020

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: febrero de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para todas aquellas personas que no están preparadas
o que sienten que van rezagadas.*

Recordad, no es una carrera.

UNO

Nada más abro la puerta, lo primero que veo es el culo de Chase Brosner, desnudo y resplandeciente, como si fuera uno de esos letreros con luces de neón de Las Vegas. A continuación, veo las manos de la chica que se encuentra debajo de él agarrándole la espalda, y cuando me fijo en las uñas, sé que es Danielle. Estaba con ella cuando se las pintó. «De negro», dijo, a juego con su corazón.

Están enroscados en la cama —en la cama de los padres de Andrew— y yo me he quedado de piedra, inmóvil, con la mano sobre el pomo de la puerta. No era lo que esperaba encontrarme cuando hui escaleras arriba de toda la gente que ni siquiera recuerda que es mi cumpleaños, y que solo ha venido a esta estúpida fiesta porque se ha enterado de que los padres de Andrew están fuera esquiando y que hay cerveza gratis. Pero ahora, mientras trato de asimilar la imagen del culo de Chase, de las uñas de Danielle clavándose en la piel y del pelo oscuro desparramado por la almohada, me doy cuenta de que esto es mucho peor que la fiesta.

Aunque Danielle solo tarda tres segundos en advertir mi presencia, a mí me parecen tres mil. Y cuando me ve, empieza a gritar. Yo también grito, y al hacerlo, el vaso de cerveza se me escapa de las manos y me salpica los pies. Mientras ella gatea para estirar la sábana, envolviéndose con el edredón como si fuera un burrito humano, nos clavamos la mirada la una en la otra.

—Lo siento de veras —me disculpo, agachándome para recoger el vaso y secar lo que pueda con la manga antes de que el líquido estropee el parque—. No sabía que la habitación estaba ocupada.

—¡Lárgate! —chilla Danielle.

Así que me largo dando un portazo.

Y aunque pueda parecer una locura, allí, atónita al otro lado de la puerta, todo lo que se me ocurre pensar es: «¿Y si esto es lo que hay? ¿Y si ese va a ser el primer y último culo que voy a ver en la vida?». Si cierro los ojos, todavía puedo verlo, blanco y deslumbrante, como si fuera el sol cuando lo miras directamente, y sospecho que esa imagen se ha grabado en mi memoria para siempre. Imagino que no es un culo feo, aunque no tengo con qué compararlo. Sencillamente, está pegado a un tipo que ni siquiera me gusta, un tipo que cuenta chistes estúpidos sobre sus pedos, que se preocupa demasiado por el baloncesto y que tiene una obsesión poco sana con la palabra «colega». Pero, de momento, no se perfila en el horizonte la perspectiva de ver a ningún otro tío desnudo, al menos no de la manera en que ha ido el insti hasta el momento.

Cuando la puerta se abre de nuevo y Chase y Danielle salen del dormitorio, yo todavía sigo allí. Están acabando de vestirse y hago una mueca desagradable al ver que Chase se sube la cremallera de la bragueta.

—Keely... —dice Danielle con voz entrecortada.

Agarra a Chase por el bíceps y puedo oler el aroma dulzón y acaramelado de su perfume. Lleva el pintalabios corrido por las mejillas y la melena morena despeinada, como si fuera una cama revuelta. Tengo que dejar de pensar en camas revueltas. Puaj.

—Eh, colega.

Chase levanta el brazo para saludarme con un fraterno y universal choque de puños pero cambia de idea y lo baja, presumiblemente recordando que, de hecho, no soy una de sus colegas. Un error bastante frecuente.

—Lo siento —me disculpo de nuevo, alejándome de ellos.

—Bah, da igual... —dice Chase, encogiéndose de hombros como si no tuviera mucha importancia.

—De hecho, ¿podemos hablar un momento? ¿A solas?

Danielle hace un gesto hacia la derecha con la cabeza, indicando el cuarto de baño del pasillo.

—Claro —respondo, con un nudo en la garganta.

Alguien que no nos conociera podría pensar que Danielle y yo somos amigas, y supongo que, según las reglas del insti, lo somos. Salimos con el mismo grupo y nos sentamos a la misma mesa para comer, aunque apenas nos dirigimos la palabra. Al parecer, todo cambia cuando te tropiezas sin querer con alguien desnudo.

—Te veo abajo —dice Chase, y besa a Danielle, poniéndole la mano justo al lado de la teta dispuesto a estrujársela, lo que me incomoda. Danielle suelta una risita y cuando Chase se aparta, levanta el mentón y me dice—: Hasta luego, Keely.

A continuación, se dirige arrastrando los pies hacia las escaleras. Puedo distinguir su olor a cerveza rancia cuando pasa por delante de mí.

Una vez que se ha marchado, Danielle me arrastra hasta el cuarto de baño. Cierra la puerta, pasa el pestillo y después se gira hacia el espejo y contempla su imagen reflejada. No la culpo. Si yo me pareciese a Danielle Oliver, probablemente me pasaría todo el día mirándome. Tiene una piel pálida luminosa, los pómulos marcados como los de una modelo y unos ojos grandes y castaños que se estiran en las comisuras, como los de una gata.

—Prométeme que no dirás nada.

—Lo prometo.

—Bien —dice, relajándose un poco—. Todavía me estoy haciendo la difícil.

Me muerdo la parte interna de la mejilla para no soltar una carcajada. Danielle y Chase todavía no salen juntos, pero son el uno para el otro: si el insti fuera Hollywood, ellos serían la gente guapa que aparece en las revistas. Solo era cuestión de tiempo

que empezaran a salir. Así que no entiendo por qué Danielle está tan obsesionada con que lo mantenga en secreto. No es que ella haya sido muy discreta antes, cuando se ha dedicado a perseguirlo entre risas alrededor de la mesa de la cocina, tratando de pintarle la cara con su pintalabios rojo.

—¿No acabáis de... acostaros?

Con suerte no me matará por preguntárselo, pero la verdad es que todos en Prescott saben que Danielle Oliver es —bueno, era— virgen, y no porque ella lo dijera abiertamente. Así es cómo funcionan las cosas por aquí. Nuestro pueblo en medio de la nada del estado de Vermont es tan pequeño que incluso aunque solo conozcas a la gente de vista, lo sabes todo sobre ellos. Me refiero a que todos nosotros —los sesenta alumnos que cursamos el último año del insti— hemos estado juntos desde la escuela primaria, así que los secretos saltan de un estudiante a otro como si estuviéramos jugando al teléfono escacharrado. Y, con toda seguridad, la razón por la que Danielle ha conseguido seguir virgen durante tanto tiempo es porque la gente de Prescott debe de haber encontrado una nueva comidilla.

Yo también soy virgen, aunque esto no es tan sorprendente como para convertirse en noticia.

Percibo el momento preciso en que Danielle decide contármelo. Esboza una sonrisa que se extiende por su rostro como si fuera un haz de luz en una habitación a oscuras, y de repente está tan deslumbrante que siento una presión en el pecho. Sus ojos brillan cuando se vuelve hacia mí. Puedo notar cómo el secreto hierve en su interior, como si fueran burbujas de champán.

—Vale, puede que nos hayamos acostado... Adivina quién es por fin toda una mujer —confiesa.

—Guau... —De repente, no consigo encontrar las palabras adecuadas—. Eso es... Felicidades. ¡Bien por ti!

En lugar de comportarme como un ser humano real y práctico, me acabo de convertir en una tarjeta de felicitación cursi y horrida. Mis mejores deseos para el viaje. ¡El límite son las estrellas!

Pero Danielle no ha debido de advertir nada raro en mi reacción porque continúa hablando como si yo no hubiese dicho nada.

—Ni siquiera dolió tanto. Ava me contó que en su primera vez se desmayó, así que supongo que me lo esperaba más bestia. —Se lame el dedo índice y lo pasa por debajo de los ojos para eliminar las manchas de rímel—. Ava es taaan dramática.

Si Ava Adams estuviera aquí, en este cuarto de baño, en mi lugar, sabría exactamente qué decir. Ava es la preferida de Danielle. A mí solo me tolera.

—Y él, ¿te gusta? —pregunto.

Transcurre un instante antes de que responda, unos segundos en los que probablemente esté sopesando si vale la pena decirme la verdad. A continuación, se encoge de hombros.

—Ya tocaba. No puedo creer que haya sido virgen durante todo este tiempo. Qué vergüenza.

Noto que me sonrojo ante esta indirecta fortuita. Ya sé que lo de ser virgen no debería tener mucha importancia, pero el hecho de que Danielle compartiera la etiqueta conmigo me hacía sentir mejor. Si Danielle Oliver comparte algo vergonzoso contigo, la escala de incomodidad se rebaja automáticamente en cinco millones de puntos.

Ava fue la primera chica de nuestra clase que perdió la virginidad. Ella y Jason Ryder pasaron la noche de la fiesta de tercero en el patio, detrás del tobogán. Por aquel entonces, cuando me lo contaron, me quedé horrorizada. El sexo era algo ajeno a mí, algo que la gente hacía en las películas, y ni siquiera en las que yo veía. Entonces, las otras chicas empezaron a hacerlo también: Molly Moyer la perdió con uno de los mejores amigos de su hermano mayor, y Jessica Rogers, con una chica que conoció durante unas vacaciones de invierno en Vancouver. Mi amiga Hannah perdió la suya en primero de bachillerato con su novio, Charlie. Fueron a pasar la noche a su casa del lago, encendieron un montón de velas y pusieron su álbum favorito. Al parecer, ni Morrissey pudo evitar que sucediera.

Mientras escuchábamos sus relatos de la primera vez, todas, todas, bullíamos con preguntas: «¿Qué se siente al hacerlo?». «¿Te dolió?». «¿Cómo supiste lo que tenías que hacer?». Y ahora Danielle se ha unido a ellas. Ahora estamos en el último año del insti y las preguntas se han agotado.

Ahora soy la única que queda.

Puedo escuchar el sonido amortiguado de la música en el piso inferior, el chillido de una chica y unas carcajadas, el estruendo de algo que cae al suelo, quizás un vaso de agua o la lámpara de la mesita auxiliar. Parpadeo y pongo los ojos en blanco. Espero que la madre de Andrew no nos mate. Quizá sea la casa y la fiesta de Andrew, pero su madre sabrá que he estado aquí. Siempre estoy aquí.

Danielle coge una toalla de mano y la restriega por las marcas de pintalabios en sus mejillas. Quiero alargar el brazo y detenerla —la madre de Andrew perderá la chaveta cuando vea la toalla manchada, especialmente después de eso que se ha roto en el piso inferior—, pero me parece que no es buen momento. Danielle se acerca al espejo y se inspecciona con la mirada perdida. Y podría jurar que su expresión es la de una persona más sabia, la de alguien que jamás volverá a preocuparse por si a un chico le gusta o no su trasero, que jamás volverá a tener una enorme espinilla en medio de la frente. Danielle siempre ha sido una persona muy segura de sí misma, pero ahora parece imparable.

A su lado, tengo el aspecto de una niña de doce años, pese a que hoy, oficialmente, cumplo dieciocho. Siempre he sido muy bajita, pero ahora lo parezco incluso más porque Danielle lleva unos zapatos negros de tacón grueso y yo, mis calcetines; me quité las botas para la nieve en la puerta, cuando llegué, como se suponía que teníamos que hacer. Me atuso el pelo —más rubio de lo habitual porque no me lo he lavado— y me maldigo por considerar que un champú seco y una cola de caballo eran lo más adecuado para una fiesta. Creo que estoy cavando mi propia tumba.

—¿No crees que parezco mayor ahora? —pregunta Danielle

frunciendo los labios y moviéndose adelante y atrás para ver su reflejo desde todos los ángulos—. En serio, ahora que ya soy mujer, me siento mayor.

No pienso admitirle que estaba pensando justamente en eso, así que le devuelvo la pregunta con coquetería.

—¿Crees que parezco mayor?

Ya sé que no cambias de un día para otro como por arte de magia al cumplir años. Aun así, hay una parte de mí que quiere sentir lo mismo que Danielle. Yo también quiero ser imparable.

Danielle me mira sin comprender.

—¿Y por qué tendrías que parecer mayor?

Por supuesto, no se acuerda. Y eso que hoy Hannah trajo pastelitos al insti para celebrarlo y Danielle los criticó por llevar demasiado huevo. Y eso que se supone que esta fiesta es en mi honor.

—Es mi cumpleaños.

Aparta su mirada del espejo y se vuelve hacia mí.

—Ay, lo había olvidado por completo... —Sus dedos se enredan en un mechón de pelo—. Chase ha sido tan dulce conmigo esta noche. Sabía que era mi primera vez, así que no tuvo prisa.

Y así regresamos a Chase. Supongo que no puedo culparla. Si yo acabara de perder mi virginidad, quizá solo me apetecería hablar del tema.

—Me alegro de que fuera tal como lo imaginabas —le digo—. Hay mucho gilipollas en este insti. Me alegro de que hayas encontrado a un buen chico.

—Ya... Chase Brosner... —responde, y a continuación me coge la mano y tira de mí hacia la puerta, le quita el pestillo y la abre de par en par—. Recuerda, tú no has visto nada.

Salimos juntas del baño y nos dirigimos escaleras abajo. Aunque fuera está nevando, el ambiente en el interior es cálido y huele a sudor. Ya casi hemos llegado al final de las escaleras cuando los oímos.

Aplausos.

Al principio son tímidos, y llegan amortiguados por el estruendo de la fiesta, por encima de una canción de Kendrick Lamar que alguien ha puesto en el móvil. Pero acto seguido, a medida que la gente se da cuenta de que estamos allí, aumentan. Todos dejan de hablar, de bailar, detienen sus juegos de *beer pong* y se unen al resto, ululando, silbando y lanzando vítores. Alguien coge el móvil y «Like a Virgin», de Madonna, suena a todo volumen.

Hemos llegado al pie de la escalera, y Danielle, que está detrás de mí, se pone tensa.

Al otro extremo del salón está Chase, despatarrado sobre el sofá, con una sonrisa soñolienta en el rostro. Jason Ryder y Simon Terst lo flanquean.

Simon se inclina hacia él, casi nervioso por la emoción.

—¡No está mal, Brosner!

Jason Ryder pega un largo trago a su cerveza y, a continuación, da unas palmadas a Chase en la espalda con tal ímpetu que seguramente le hace daño.

—Al final resulta que no es *infallible* —dice Ryder arrastrando las palabras.

Danielle sigue inmóvil, con un tacón flotando sobre el siguiente peldaño.

—Danielle, ¿estás bien? —susurro, agarrándola del brazo, tratando de tranquilizarla y de tranquilizarme a mí misma.

¿Cómo han podido enterarse tan rápido? No hemos estado ni diez minutos en el baño. ¿Ha sido Chase, que lo ha proclamado a los cuatro vientos nada más bajar del piso de arriba? Quizá se lo haya dicho a Jason Ryder, y el estúpido bocazas de Ryder se ha ido de la lengua.

—Estoy bien —sisea.

Sin embargo, su mano se aferra a la mía y la aprieta durante un instante antes de soltarla. Luego, toma aliento y se atusa el pelo con una mano temblorosa. Y después hace una reverencia.

Todo el mundo enloquece.

DOS

Danielle se endereza, sonriendo como hace Chase cuando juega en casa y todos sostenemos carteles con su nombre. Es como si la canción de Madonna fuera su música de bienvenida. La sigo escaleras abajo, como si fuera también la mía, confiando en que nadie haya relacionado la canción conmigo.

Ava se abalanza sobre nosotras, agarrando posesivamente a Danielle del brazo. Ava es pequeñita —más tetas que cuerpo—, con una piel pálida y pecosa que siempre está perfectamente bronceada, incluso en invierno, gracias a su obsesión con la leche hidratante bronceadora de coco. En algún momento, su cabello era pelirrojo, pero el año pasado empezó a teñírselo de diferentes colores según las festividades. Ahora mismo es de un color rosa pálido en honor al Día de San Valentín, y se parece al algodón de azúcar que venden en verano en los puestos del lago. Lleva el mismo pintalabios rojo que Danielle, los mismos pendientes de plata decoran sus orejas y en la mano sostiene la misma funda de teléfono violeta a juego. Es un uniforme que lo dice todo: incluso pese a que técnicamente seamos amigas, jamás me aceptarán en su club para dos. A veces pienso que ella y Danielle están tan acostumbradas a mimetizarse que lo de teñirse el pelo es la única forma que tiene Ava de diferenciarse, su pequeño acto de rebeldía.

—¿En serio te acabas de enrollar con Chase? —Ava tira del bra-

zo de Danielle—. Todo el mundo comenta que te has acostado con él.

—Si todo el mundo lo comenta... —repite Danielle, con una sonrisa perversa en los labios—, debe ser cierto.

Ava tira más fuerte.

—Ya me encargo yo de ella —dice dirigiéndose a mí.

Y a continuación se alejan, hablándose entre susurros que no consigo oír. De repente, la necesidad de esconderme se apodera de mí. Tomo un trago indeciso de lo que queda de mi cerveza, solo por hacer algo. Sabe a pis caliente.

Muy al contrario que a mí, a Andrew siempre le han gustado las fiestas, y no entiendo cómo siempre llega a convencerme para que vaya, y menos cuando preferiría hacer un maratón de diez horas de Netflix. Echo un vistazo para ver si lo encuentro, o si encuentro a Hannah, o a alguien, pero soy demasiado bajita y hay mucha gente.

Voy a matar a Andrew por haberme organizado una fiesta de cumpleaños y haber pasado de mí después.

«Venga, Collins», soltó cuando insistí en que no me parecía buena idea. «Hemos celebrado todos nuestros cumpleaños juntos. No podemos dejar de hacerlo ahora». Es verdad. Andrew estaba allí el mismísimo día en que yo nací. Antes, de hecho. Nuestras madres se hicieron amigas en la clase de preparación al parto según la técnica Lamaze, así que siempre hemos estado juntos. El cumpleaños de Andrew fue la semana pasada, y sus padres nos llevaron a cenar a Giovanni's, algo que no encajaba en absoluto con el tipo de aventura cumpleañosera que él tenía en mente. Así que ahora aprovecha que se han ido de vacaciones y yo tengo que tragar.

Entro en la cocina, esquivando a Jarrod Price, que está hurgando en el cubo de la basura. Hay vasos y platos sucios esparcidos por toda la encimera de formica. Andrew me prometió pizza si accedía a venir a la fiesta, y ahora las cajas se amontonan, llenas de cortezas abandonadas y queso reseco.

Apilo los platos, los pongo en el fregadero, mojo el estropajo y cojo el jabón.

—Por favor, dime que no piensas ponerte a fregar los platos.

Andrew cuelga un brazo sobre mi hombro y me aparta con un abrazo. En cierto modo, siempre me hace pensar en un golden retriever, un revoltijo sonriente y mullidito de pelo rubio y pecas. Juro que algunas veces incluso veo cómo mueve la cola.

—He pensado que podría adelantar trabajo.

Tomo un vaso de plástico de color rojo y lo paso por debajo del grifo. Andrew me lo quita de un manotazo y el agua nos salpica a los dos. Su camisa de franela está ya tan arrugada que parece que se haya revolcado con ella puesta. Lo que probablemente habrá hecho, con alguna que otra chica. Puaj.

—No creas que vas a ponerte a fregar platos el día de tu cumpleaños —dice—. Son normas de la casa. Además, es un vaso desechable.

—No digas eso en su presencia. Herirás sus sentimientos. Echo un vistazo hacia donde está Danielle, rodeada de una pandilla de chicas de primero de bachillerato—. ¿Crees que Danielle se encuentra bien?

Andrew sigue mi mirada.

—Es Danielle Oliver. Vive por y para ser el centro de atención. No podría haberle salido mejor ni aunque lo hubiera planeado.

Recuerdo mi conversación con ella en el piso de arriba, cómo me obligó a prometer que no se lo contaría a nadie.

—Me siento mal. Si fuera yo...

—Pero tú no eres ella. —Me pasa un brazo por la espalda—. Y menos mal. ¿Crees que habría podido soportarla durante dieciocho años? —Dejo que me arrastre hasta la nevera—. Tengo esa estúpida bebida de sandía que tanto te gusta. ¿La has encontrado?

Andrew saca un botellín de vidrio esmerilado de color rosa. Se la quito de las manos con entusiasmo.

—¿Y me lo dices ahora? He estado con este pis rancio toda la noche —protesto, señalando hacia una pila de toallas de playa

sucias sobre la que hay un barril de cerveza, gentileza del primo de Andrew. Cumplió veintiuno hace unos pocos años y desde entonces es nuestro proveedor oficial de alcohol.

—Solo trato de curtirte un poco. Un día te encontrarás sola ante el peligro, quizás en una fiesta con un anfitrión mucho menos encantador y considerado que yo, y no habrá estúpidas bebidas de sandía, y entonces pensarás: «Menos mal que Andrew Reed me enseñó a beber cerveza». Aunque no te falta razón. Sabe a pis —afirma.

Pese a ello, va hacia el barril, se inclina y se sirve un vaso. Es en este momento cuando una de las de primero se separa de Danielle y se acerca a nosotros, rozando el hombro de Andrew. Cecilia Brooks siempre está rozando los hombros de la gente. Es como si se hubiese especializado en algún tipo de código secreto. Sé a ciencia cierta que Tim Schneider siempre le hace los deberes de trigonometría cuando se lo pide. Ya me gustaría a mí tener esos poderes.

—Hola, Drew.

Se coloca un mechón de pelo ondulado y rubio detrás de una oreja y sonrío, descubriendo dos hileras de dientes blancos y perfectos. Los padres de Cecilia son dentistas.

—Eh, Cecilia —saluda Andrew—. ¡Te estaba buscando!

Es su coletilla. El Andrew de las fiestas tiene una personalidad diferente a la del Andrew habitual. Siempre se vuelve más peñazo cuando está rodeado de chicas, y no sé por qué pero le funciona. Andrew cambia de novia con la misma facilidad con la que cambia de iPhone.

—¡No, no me buscabas! Menudo mentiroso...

Se ríe y le golpea ligeramente el torso.

—Ha estado hablando de ti toda la noche —improvisó, tratando de ayudarlo a salir del paso—. No había manera de que se callara.

Andrew me da un pisotón, quizá para indicarme que me he pasado un poco. Cecilia se vuelve hacia mí de mala gana.

—Ah, hola, Keely... —Entonces, sus ojos se abren de par en par—. Oh, Dios mío, ¿es eso un Breezer de sandía? —Levanta la mano y la apoya en el hombro de Andrew—. ¡Me encantan!

Quiero que Andrew pase de ella, pero, al parecer, todavía no ha nacido el chico hetero que sea inmune al toque mágico de Cecilia Brooks. En concreto, el Andrew Fiestero no lo es.

—Sí, ¿quieres uno? He comprado un montón.

—¿En serio? Oh, eres tan mono.

Roce en el hombro.

Tengo los ojos clavados en él y me aferro con las dos manos a mi Breezer de sandía, como si, de algún modo, su patético discurso de charlatán fuera a conseguir que se me escapara de las manos, que le salieran unas pequeñas alas y que volara hasta ella. Andrew agarra una botella rosa de vidrio esmerilado de la nevera, la abre y se la tiende. Ella da un trago, con sus labios brillantes colocados justa y apropiadamente en la embocadura de la botella.

—Oye, Drew, sabes que he venido con Susie, ¿verdad? —dice Cecilia—. Pues se ha pasado con los chupitos de Smirnoff de frambuesa e igual está demasiado borracha para conducir. ¿Crees que...? ¿Se queda alguien a dormir? ¿Crees que podríamos pasar la noche aquí?

Roce en el hombro.

—Claro, podéis dormir aquí —dice Andrew, y Cecilia le dedica una sonrisa satisfecha. Casi puedo ver los corazones en sus ojos.

Sé que lo he perdido para el resto de la noche, al igual que he perdido los Breezer de sandía, así que me acabo lo que queda en la botella y la deposito sobre la encimera, preparándome para desaparecer. Ya hemos pasado por esto antes y conozco mi papel.

—Voy a ver si encuentro a Hannah. Nos vemos más tarde.

Me despido con un gesto de la mano y me dirijo hacia el salón. Andrew me sigue, dejando atrás a Cecilia.

—Eh, puedes quedarte con mi cama esta noche, ¿vale?

—Vaya, pensaba que os haría falta...

—Es tu cumpleaños. No pienso dejar que duermas en el sofá

—dice, sonriendo—. Además, podemos utilizar la habitación de invitados. O la ducha.

—Tío, por favor, no me hagas imaginar cosas horribles —le respondo, golpeándole el hombro de forma poco delicada.

—Venga, no hay nada horrible en una ducha. Que no estamos en *Psicosis*.

Andrew y yo descubrimos a Hitchcock a los doce años, cuando nos topamos con un DVD de *Extraños en un tren* en el videoclub. Lo vimos en el televisor borroso de su sótano una noche que me quedé a dormir, tapados hasta el cuello con nuestros sacos de dormir y fingiendo no tener miedo. Aquello nos condujo a un montón de maratones pelicularos en el sótano y al infame momento en que me hice pis con *Los pájaros*. Ahora, cada vez que paseamos por la playa y vemos gaviotas o bandadas de gansos volando por el cielo, Andrew siempre suelta algún comentario exasperante sobre cierto olor a pis.

Andrew esboza una sonrisa traviesa, torciendo la comisura de los labios. Se gira hacia Cecilia y en voz baja dice:

—Esta noche, seremos «Extraños en un baño».

—Oh, ya basta.

—No puedo esperar a ver todo su «frenesí», tú ya me entiendes.

—Me parece que hay un pájaro que te está haciendo una peineta... —replico, riéndome y levantando mi dedo corazón.

Andrew sube y baja las cejas.

—Soy yo el que le va a enseñar el pajarit...

Justo en ese instante, Hannah se abalanza sobre nosotros, y nos abraza con fuerza a los dos.

—¡¡Mis *prefes*!! ¿En serio os estáis tirando pullitas sobre Hitchcock? Si no os quisiera tanto, ahora mismo os odiaría.

El abrazo de Hannah es extremadamente fuerte. Practica hockey sobre hierba desde sexto de primaria y sus músculos lo demuestran. Los abrazos que casi duelen son la especialidad de Hannah Choi.

—Oh, no... —dice Andrew, zafándose—. Si tú no nos encuentras graciosos, ¿quién lo hará?

—Para eso os tenéis el uno al otro —responde ella, riendo y apartándose el largo flequillo que le cubre los ojos.

Hannah tiene un pelo de anuncio de champú: negro, espeso y elástico. Es guapísima, lo que no me favorece en nada teniendo en cuenta que me paso la mayor parte del tiempo a su lado.

—En realidad me está dejando plantada —le explico, bajando la voz y señalando hacia la cocina con la cabeza.

Cecilia todavía está allí, de brazos cruzados y susurrándole cosas al oído a Susie Palmer. Hannah le dedica una sonrisa maliciosa a Andrew.

—Vaya, ¿así que Cecilia y tú vais a mojar?

—Sí, con toda seguridad en la ducha —digo yo con una mueca—. Acaba de darme más detalles de los que necesitaba.

Hannah se ríe.

—Si hay alguien capaz de aguantar todos los detalles morbosos, esa eres tú.

—No vamos a «mojar», como has dicho de forma tan encantadora —replica Andrew, haciéndose el ofendido—. Además, es tu cumpleaños, Collins, así que si quieres que nos quedemos contigo...

Deja la frase en puntos suspensivos y sé que está esperando a que le dé permiso para darme plantón. Debería sentirme molesta, pero ya sabía que ocurriría antes de que la fiesta empezara.

—No seré yo la que te aparte del amor.

Andrew se rasca la nariz.

—¿Estás segura? Hannah y yo te escribimos un rap de cumpleaños y todavía no hemos encontrado el momento de...

—Suena atroz —interrumpo, riéndome y prácticamente empujándolo para que se aleje—. Anda, vete. Si sigues ignorándola y hablando con nosotras, perderás tu oportunidad. —Desde donde estoy, puedo sentir la mirada de Cecilia clavada en mí—. Tengo a Hannah. Y sobras de pizza.

—Vale, genial —dice Andrew—. Y para que lo sepas, no la estoy ignorando. Le estoy dando tiempo para que me eche de menos.

A continuación, se gira hacia Cecilia y le dedica su estúpida sonrisa de Andrew Fiestero. Funciona, claro, como siempre. Cecilia se acerca y pasa el brazo por el hueco de su codo.

—Vamos, Andrew, necesito un compañero de equipo para una partida de *beer pong*.

Empieza a tirar de él como si ya hubiese aceptado y Andrew se deja llevar.

—Os veo luego, ¿vale?

—¡Que os divirtáis, niños! —exclamo, despidiéndome con la mano.

Pero Andrew regresa.

—Mis sábanas tienen pájaros, Collins, así que ¡trata de no hacerte pis en la cama!

Le vuelvo a hacer una peineta y escucho cómo se ríe mientras se va.

—Es asquerosamente bueno en eso —dice Hannah—. No entiendo por qué seguimos siendo amigas tuyas.

—Somos sus alcahuetas —digo asintiendo.

Sé que Andrew aprecia nuestra colaboración con las chicas, y si le preguntara que me ayudara con los chicos, haría lo mismo por mí; pero, sencillamente, esto último jamás ha ocurrido. Los tíos no se presentan ante mí en medio de una fiesta y me rozan ligeramente el hombro. Antes de que pueda evitarlo, la imagen de Danielle y Chase en la cama, desnudos y enmarañados, me viene a la cabeza y siento náuseas. Miro a mi alrededor y trato de imaginar a quién abordaría si pudiera, a quién dejaría que me llevara al dormitorio principal como hizo Danielle. De repente, se me ocurre que podría hacerlo, que podría tratar de perder mi virginidad esta noche, ahora mismo, en mi decimoctavo cumpleaños, y entonces todo esto habría terminado.

Pero no hay nadie aquí con quien me apetezca hacerlo. No

con Chase, que se cree el tío más guapo de clase y se comporta como tal. No con Jason Ryder, que es todavía peor. No con Edwin Chang, porque todo el mundo sabe que está enamorado de Molly Moye, ni con Jarrod Price, que casi siempre va colocado. Y por descontado, no con Andrew, porque básicamente es casi como un hermano y porque ahora mismo está enroscado al cuello de Cecilia como si fuera una bufanda, susurrándole cosas al oído mientras ella se retuerce en sus brazos.

Los conozco a todos desde hace demasiado tiempo: desde que se hurgaban la nariz, hacían competiciones de pedos o se comían las ceras de colores y el pegamento. Es difícil no tenerlo en cuenta. Pienso por enésima vez lo diferente que va a ser todo cuando abandone este pueblo perdido y empiece la universidad, cuando llegue a la ciudad y pueda caminar por la calle rodeada de extraños por primera vez en mi vida, de gente que no tiene el mismo aspecto ni se comporta del mismo modo, que no conocerá a mis padres o mi físico cuando tenía diez años, que no me tratará como la mejor amiga de Andrew, como la chica a la que Danielle tolera, como la menos guay de los que almuerzan en nuestra mesa.

Niego con la cabeza y paso mi brazo por el de Hannah.

—Andrew me aseguró que su cama era mía. ¿Quieres compartir habitación?

—Sí, gracias. He tratado de encontrar un lugar donde dormir durante un rato, pero están todos adjudicados. Lo intenté con el sofá del despacho y Sophie casi me asesina.

Esto es lo que suele ocurrir en las fiestas en medio de la nada. Aquí no tenemos nada parecido a Uber, y serías un completo idiota si condujeras borracho —especialmente con nieve—, así que todo el mundo se queda a pasar la noche. Es como una gran fiesta de pijamas bañada en alcohol.

Hannah y yo empezamos a subir las escaleras, dejando atrás una pared repleta de fotos enmarcadas de la niñez de Andrew, instantáneas que he visto un millón de veces y en las que salgo: Andrew y yo vestidos de cazafantasmas en Halloween, con

nuestras pequeñas manos llenas de golosinas; Andrew y yo nada más empezar la secundaria, rubios y delgados con aparatos en los dientes y acné, en la cima de nuestro periodo difícil. Al pasar ante una de ellas, Hannah la señala con el dedo: el décimo cumpleaños de Andrew, en el que nos enzarzamos en una pelea de barro. Estamos sonriendo a la cámara, completamente embadurnados.

—¿Las habrá visto ya todo el mundo o todavía tenemos tiempo de esconderlas? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Es demasiado tarde.

—Ni siquiera puedo distinguiros.

Sé que está bromeando, pero no le falta razón: en esta foto, soy igual que un chico. Sin embargo, de nada sirve esconder el pasado. Si yo soy capaz de recordar a todos los que se hurgaban la nariz, puede que ellos también se acuerden de mí con este aspecto.

Pasé toda la primaria con Andrew. No vi necesidad de hacer otros amigos, no cuando Andrew y yo pedaleábamos al mismo ritmo y podíamos recordar los diálogos de las películas de *La guerra de las galaxias* de memoria, incluso los de las precuelas. Mi madre me previno sobre la temida «fase de contagio», sobre el día en que Andrew cambiaría y diría que ya no podía ser amigo mío. Sin embargo, eso jamás ocurrió. La pubertad llegó y, de algún modo, continuamos siendo amigos.

Sí, claro, hubo años difíciles. Recuerdo la fiesta de su decimotercer cumpleaños, en la piscina, donde yo era la única chica y me aterrorizaba quitarme la ropa y tirarme, ansiosa por unirme al concurso de bombas pero preocupada por si se me bajaba el bañador o si me venía el periodo. Recuerdo que, cuando posábamos para las fotos en reuniones familiares, nuestros padres nos decían: «Poneos más juntos» sin darle importancia, y yo me quedaba casi sin aliento por lo violento de la situación. Recuerdo aquella ocasión en que en el primer año de insti Andrew me invitó a su casa y yo me presenté en pijama, sin esperar que otro grupo de chicos estuviera allí —chicos monos de nuestra clase— y me enfadé

tanto con él por no haberme avisado que no le dirigí la palabra durante tres días.

Y después vino el primer beso de Andrew, con Sophie Piznarski en la fiesta de segundo de secundaria. Me sacó de la cafetería para explicármelo, y su rostro era una mezcla confusa de emoción y vergüenza. «¿Era normal mantener aquel tipo de conversaciones? ¿Podíamos hablar de esas cosas? ¿No era muy raro?»

Durante aquellos turbulentos y traumáticos años de crecimiento pelicular y aparatos en los dientes en los que Andrew y yo todavía estábamos tanteando el terreno, tratando de imaginar cómo íbamos a relacionarnos, él siempre rodeado de otros chicos y yo hablando con la boca pastosa con ellos, fue una salvación conocer a Hannah. Era mucho más guay que yo, y se llevaba bien con Danielle y Ava, chicas que, a los trece años, ya parecían modelos de Instagram. Me invitó a compartir mesa durante el almuerzo, rescatándome de la oscuridad poco femenina y de los vulgares temas de conversación de los chicos.

Estaba preocupada por si mi nuevo grupo de amigas cambiaba las cosas con Andrew, por si se sentía extraño y apartado porque yo tenía una nueva mejor amiga aparte de él, pero tendría que haberlo imaginado. La primera vez que quedamos, Andrew y Hannah coincidieron en su obsesión por Harry Potter, y pronto los tres nos volvimos inseparables. Ambos son Gryffindors, claro, y pese a que yo soy una Hufflepuff, dicen que me quieren igual.

Al final de la escalera nos topamos con Molly Moye y Edwin Chang, que se están pegando el lote apoyados contra la puerta del armario del pasillo como si quisieran meterse dentro. Edwin todavía sostiene un botellín de cerveza en la mano, y está a punto de derramar su contenido porque al mismo tiempo magrea el trasero de Molly. Hannah es amiga de Molly gracias al hockey sobre hierba, y hemos pasado el suficiente tiempo juntas como para saber que el hecho de que Edwin y Molly se enrollen es un momento memorable. Sin embargo, por alguna razón, no estoy para celebraciones.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? ¿Están todos en celo? —murmuro entre dientes, acercándome para cogerle el botellín a Edwin y depositarlo después en la consola del pasillo, encima de una revista para que no deje marca.

Él apenas se da cuenta: levanta el pulgar en señal de agradecimiento, y yo se lo devuelvo, tratando de comportarme como si todo me pareciera bien.

Los dejamos atrás y vamos hacia la habitación de Andrew, y una vez que la puerta se cierra, me relajo. El lugar es un caos, pero es un caos conocido. En el suelo se acumula la ropa sucia, y las sábanas —verdes con patos que vuelan— están revueltas y arrugadas. Contra una de las paredes se encuentra el viejo sofá en el que normalmente duermo cuando me quedo a pasar la noche. Hannah se deja caer allí, mientras que yo me siento sobre la cama y le lanzo una manta extra.

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado? —pregunta—. Estaba en el sótano y de repente oí que todo el mundo empezaba a gritar.

Le cuento lo de Danielle, los aplausos y la canción de Madonna, lo de la palabra *infallible* en un tono más elevado, tan afilada como una navaja.

—Es tan clásico... —Me quito los calcetines de lana y me hundo en la cama—. Este sitio apesta.

Voy a ir a una universidad en California, lo que todo el mundo considera una locura. Sin embargo, necesito un sitio completamente nuevo. Estoy harta de Prescott, de la nieve, del hielo, del viento, a veces tan frío que parece que te corroe. Lo único que sé es que quiero hacer películas, y Vermont resulta bastante sombrío en ese sentido. De aquí solo salen escritores, *snowboarders* y asesinos en serie.

Hannah va a matricularse en la Universidad de Nueva York para estudiar Arte, y Andrew va a ir a la Johns Hopkins porque, pese a que lo disimula bastante bien, es increíblemente listo. La Johns Hopkins está en Baltimore, lo que son 4.258 kilómetros de distancia de Los Ángeles y 307 de Nueva York. Lo he buscado. El

año que viene, solo seremos tres puntos alejados sobre el mapa. Y esta es la parte que más me asusta. Estoy lista para pirarme de Prescott, pero jamás lo estaré para separarme de ellos.

Así que tenemos que conseguir que los próximos meses sean memorables. Lo único que nos quedará serán los «momentos», los grandes recuerdos que después rememoraremos, los que importarán cuando hablemos del insti de aquí a veinte años. En junio, cuando las clases terminen, vamos a poner «Free Bird» a toda pastilla en los altavoces de la camioneta de Andrew y los tres levantaremos nuestros dedos corazón hacia el cielo mientras salimos del aparcamiento. Un «jódete» final a todos y a todo. Puedo verlo ya en mi cabeza, y puedo imaginarme el resto del año académico como si fueran los fotogramas de una película.

—El año que viene será todo diferente. Estoy deseando pirarme —declara Hannah.

Hannah es de origen coreano —uno de los únicos tres alumnos de procedencia asiática en todo el insti—, y sé que es en parte por eso por lo que tiene tantas ganas de mudarse a Nueva York. De hecho, sus padres se conocieron en la Universidad de Nueva York y se mudaron aquí cuando ella tenía cinco años. Desde entonces, no ha dejado de decir que va a volver a la ciudad y vivir en un *loft* bohemio. Vale, lo entiendo. Nueva York es un lugar vibrante, emocionante y diverso. Vermont es como un ponche enorme de jipis blancos.

—Prescott es el lugar más deprimente de la Tierra —confirmo—, pero al menos estás atrapada aquí conmigo.

—Estoy tan contenta de que nacieras, cumpleaños —responde Hannah—, y también de que Andrew exista. Es un tío legal. Nos ha dejado esta habitación.

Suelto una carcajada.

—Solo lo he estado utilizando todo este tiempo por la cama.

—De hecho, no creo que a Andrew le importara mucho que lo utilizaras, y menos por la cama —responde Hannah, moviendo las cejas.

—¡Qué asco!

Finjo tener una arcada, como si fuera un bebé de guardería. Hannah lleva lanzando indirectas sobre una posible relación entre Andrew y yo desde el primer año del insti, aunque eso nunca va a ocurrir. A continuación, frunce el ceño.

—¿Sabes? Pensaba que Chase también era legal. Me apuesto algo a que no quería contarle a todo el mundo lo de Danielle. Ya sabes cómo es Ryder. Seguramente se lo sonsacó a puñetazos o algo parecido.

No estoy segura de si realmente cree lo que dice o si solamente intenta convencerse a sí misma. Hannah siempre trata de ver el lado bueno de las personas, incluso cuando no se lo merecen.

Me cuelo en la cama de Andrew después de retirar las sábanas, que no me he molestado en cambiar. Hannah se acurruca debajo de la manta. Durante unos instantes, nos quedamos quietas, contemplando las estrellas luminosas del techo, y a continuación oigo la voz de Hannah, floja y amortiguada.

—De algún modo, me recuerda a Charlie.

Me giro para ponerme cara a ella, apoyando el mentón en mi mano. Charlie, más conocido como el Gilipollas Adúltero, rompió con Hannah a los pocos días de haberse acostado por primera vez. Al parecer, también había estado acostándose con Julie Spencer durante todo ese tiempo. Sé que a veces, cuando estamos en la habitación de Andrew, Hannah se acuerda de Charlie porque aquí es donde pasamos la noche después de que rompieran. Andrew buscó los acordes de guitarra de las canciones más animadas sobre rupturas y nosotras nos desgañitamos, desafinando y a voz en grito. «Tú eres una Gryffindor, y él es un *squib*», le dijo Andrew. «No lo olvides». «No es un *squib*. Es un puto mortífago», le respondió Hannah.

—Lo que hizo Chase no estuvo bien, pero no es lo mismo —digo para retomar la conversación y para convencerme a mí misma de ello por el bien de Danielle—. Danielle lo superará. Es-

tará bien porque no... —Dejo la frase sin terminar, y Hannah lo hace por mí.

—¿... lo quiere?

—Eso es.

—Se supone que el sexo y el amor van unidos. Pero si te enamoras, has metido la pata, y hasta el fondo. Enamorarse de un chico del insti es lo más estúpido que puedes hacer.

Hannah alza el brazo y apaga la luz.

Me despierto un poco más tarde, al notar un peso junto a mí sobre el colchón. Abro un ojo con dificultad y veo que Andrew está sentado al borde de la cama, con el pelo revuelto y de punta. Tiene mi bolso en las manos, y cuando advierte que me he despertado, se le cae y todo su contenido se desparrama en el suelo.

—Lo siento —se disculpa—. He tropezado con él.

Se agacha para recoger todas mis cosas y después se tumba junto a mí.

—¿Qué hora es? —susurro con voz ronca.

Andrew comprueba el móvil y la luz de la pantalla brilla en la oscuridad de la habitación.

—Las cuatro y media.

—¿Dónde está Cecilia?

—En el sótano. Hemos probado a dormir en el sofá de ahí abajo, pero no cabemos. No dejaba de caerme. Me he hecho un moratón en el codo.

Y a continuación levanta el codo para enseñármelo.

—¿Y la has dejado allí abajo?

—Es tu cumpleaños —responde, como si eso fuera una explicación.

—Eres un capullo.

—Ni hablar. Soy el mejor. —Y deja caer su brazo pesado sobre mí.

—Quita.

Me deslizo hasta el otro extremo de la cama, casi hasta el borde. Se oye un ruido procedente del sofá y Hannah se revuelve, dándonos la espalda y acurrucándose todavía más entre los cojines.

—Chist —dice Andrew en voz alta, volviéndome a poner el brazo encima.

—No. Hueles a Cecilia por todos los lados.

—Nos hemos duchado, ¿lo recuerdas? Estoy limpio como una patena.

Andrew se pone a silbar, como si se estuviera duchando. Doy un suspiro, pero estoy demasiado cansada como para protestar y no le aparto el brazo. Su móvil, que está encima de la almohada, emite un zumbido. Al cogerlo y activarlo, la luz de la pantalla nos ciega.

—¿Un poema de amor de Cecilia? —susurro—. «Oh, querido Andrew. Oh, capitán, mi capitán. ¿Por qué me has dejado sola en el diván?»

Aunque no puedo verlo, estoy convencida de que ha puesto los ojos en blanco.

—No te preocupes, Collins. Estará bien.

Se lleva la mano al bolsillo y saca unas gafas de concha, gruesas y grandes, que cada vez que utiliza me hacen pensar en un abuelito. Siempre las lleva escondidas en el bolsillo y solo se las pone en caso estrictamente necesario, como si se avergonzara. Me acerco para curiosear el mensaje. No es de Cecilia, sino de Susie Palmer, la amiga de Cecilia, la que se había «pasado con los chupitos» y estaba «demasiado borracha para conducir».

¿Estás durmiendo? Estoy sola en la habitación de invitados por si te apetece... 😊

—Sabe que te acabas de enrollar con su mejor amiga, ¿no? —pregunto.

—No pienso contestar.

Bloquea el teléfono y la luz de la pantalla se apaga. Tardo unos segundos a acostumbrarme a la oscuridad y, durante un momento, no distingo su rostro a mi lado en la cama. Pero poco a poco sus gafas aparecen ante mis ojos.

—¿En serio?

—Pareces sorprendida —me dice en un tono dulce—. No soy tan capullo.

—O simplemente te acabas de pillar por Cecilia y no quieres fastidiarla —le respondo, sonriendo—. Se entiende.

—Sí, claro. Su conversación es tan estimulante... —Sonríe, y yo le doy un empujón, me aparto y cierro los ojos.

Ya me he acostumbrado a este Andrew, al Andrew Fiestero, que se enrolla con las chicas como si nada y que bromea sobre duchas mixtas como si fuera algo que hace todo el mundo.

En los cómics, los superhéroes experimentan ese instante trascendente —una araña que los muerde o un charco de moco radiactivo—, que los transforma de una persona normal en algo extraordinario. Pero Andrew pasó de ser Peter Parker a Spiderman poco a poco, tan poco a poco que ni siquiera me di cuenta de que ocurría; aquel chico larguirucho, todo manos, pies y pecas, se pasó años metamorfoseándose en alguien que las chicas encontraban «mono», en alguien con influjo y poder sobre jovencitas como Cecilia Brooks y Susie Palmer. Como el poder también conlleva una gran responsabilidad, yo trato de mantenerlo a raya lo mejor que puedo, trato de que no se convierta en Supercapullo.

Aun así, no puedo dejar de pensar en toda la ventaja que me lleva. Es como si todos en el insti compitiéramos para conseguir la mejor puntuación y yo todavía estuviese poniéndole las pilas al mando.

—Buenas noches, Drewcapullo —le digo a la oscuridad.

Pero él ya duerme, y su respuesta es un fuerte ronquido de borracho.